

## EL CENTENARIO DE CERVANTES

ESPAÑA se dispone a celebrar, dentro de pocos meses, \* el centenario de la muerte de Miguel de Cervantes. Un centenario más, como el de Calderón y el de Velázquez—ocasiones, no muy lejanas, de fiestas semejantes,—no importaría gran cosa. Las solemnidades de la pompa oficial, las declamaciones de la vanidad oratoria, los rebuscos de la erudición pedantesca, bastarían para mantener el consecuente ritual de conmemoraciones de esa especie. Pero debe fiarse en que la sugestión y el estímulo de la oportunidad enciendan en el alma de la juventud española—donde hay prometedoras potencias de meditación y poesía,—la inspiración que concrete en estudio, poema u obra de arte, la grande ofrenda que aun debe España a su más alto representante espiritual, que fué a la vez el mayor prosista del Renacimiento, y el más maravilloso creador de caracteres humanos que pueda oponer el genio latino al excelso nombre de Shakespeare.

\* En el mes de Abril de 1916. (N. del D.)

La ocasión obliga, con igual imperio, a esta América nuestra. El sentimiento del pasado original, el sentimiento de la raza y de la filiación histórica, nunca se representarían mejor para la América de habla castellana que en la figura de Cervantes. Cualesquiera que sean las modificaciones profundas que al núcleo de civilización heredado ha impuesto nuestra fuerza de asimilación y de progreso; cualesquiera que hayan de ser en el porvenir los desenvolvimientos originales de nuestra cultura, es indudable que nunca podríamos dejar de reconocer y confesar nuestra vinculación con aquel núcleo primero sin perder la conciencia de una continuidad histórica y de un abolengo que nos da solar y linaje conocido en las tradiciones de la humanidad civilizada. Y esa persistente herencia no tiene manifestación más representativa y cabal que la del idioma, donde ella se resume toda entera y aparece adaptando a sus medios connaturales de expresión las adquisiciones y evoluciones sucesivas. Confirmar la fidelidad a esa forma espiritual que es el idioma y glorificarla en el recuerdo de su escritor-arquetipo, es, pues, el modo más adecuado y más sincero con que América puede mostrar el género de solidaridad que reconoce con la obra de sus descubridores y civilizadores.

No hay otra estatua que la de Cervantes para simbolizar en América la España del pasado co-

mún, la España del sol sin poniente. Los reyes que la abarcaron con su cetro, aun cuando mereciesen alguna vez mármol o bronce, no podrían encarnar jamás en mármol ni bronce americano, porque representan la autoridad de que nos emancipamos y las instituciones que sustituimos. Solo la noble imagen de Isabel la Católica dominaría sin incongruencia en suelo de América, rescatando en gloria perennelas joyas que costearon la aventura sublime, y figurando como el numén maternal de nuestra civilización. Pero el símbolo requiere en este caso formas más recias y viriles que esa suave fisonomía de mujer. Los portentosos capitanes de la Conquista, los legendarios juzgadores de mares y de tierras, tienen un carácter que excluye la entera apoteosis americana, como personificaciones de la ejecución brutal, consumada con sacrificio del indio, que también es carne y alma de América. Los colonizadores, gobernantes o misioneros, en quienes se apacigua y endulza la empresa civilizadora, proporcionan más de una figura capaz de ser glorificada en la parte del Continente a que se contrajo su influencia; pero ninguna de magnitud continental. En cuanto al Descubridor, a España pertenece su gloria, sin duda, pero no su persona; y las estatuas que reproducirán infinitamente su imagen, de uno al otro extremo del mundo concedido a su fe, no son las aptas para significar el genio roi-



ginal y propio de la civilización transplantada.

Sólo queda buscar el símbolo personal en el mundo del espíritu, donde esa civilización forja sus normas ideales y sus medios de expresión, y escogerlo en quien tiene dentro de ella personalidad más característica y más alta. Hay, además, entre el genio de Cervantes y la aparición de América en el orbe, profunda correlación histórica. El descubrimiento, la conquista de América, son la obra magna del Renacimiento español, y el verbo de este Renacimiento es la novela de Cervantes. La ironía de esa maravillosa creación, abatiendo un ideal caduco, afirma y exalta de rechazo un ideal nuevo y potente, que es el que determina el sentido de la vida en aquel triunfo; despertar de todas las energías humanas con que se abre en Europa el pórtico de la edad moderna. A un objetivo de alucinaciones y quimeras, como el que perseguía el agotado ideal caballeresco, sucede el firme objetivo de la realidad, abierta a los fines racionales y a la perseverante energía de los hombres. El mundo imaginario que había dado teatro a las hazañas de los Amadises y Esplandianes se desvanece como las nieblas heridas por el sol, y lo sustituye el mundo de la naturaleza, redondeado y conquistado por el esfuerzo humano; la América vasta y hermosa sobre todas las ficciones, que con su descubrimiento completa la noción del mundo físico, y con el incentivo de su

posición ofrece el escenario de proezas más inauditas y asombrosas que las aventuras baldías de los caballeros andantes.

La filosofía del "Quijote" es, pues, la filosofía de la conquista de América. La radical transformación de sentimientos, de ideas, de costumbres, para la que el hallazgo del hemisferio ignorado fué causa concurrente, es la que adquiere forma poética imperecedera en esa epopeya de la burla, donde el jovial espíritu del Renacimiento dirige sobre los últimos vestigios de un ideal moribundo, las mortales saetas de la ironía. América nació para que muriese Don Quijote; o mejor, para hacerle renacer entero de razón y de fuerzas, incorporando a su valor magnánimo y a su imaginación heroica, el objetivo real, la aptitud de la acción conjunta y solidaria y el dominio de los medios proporcionados a sus fines.

Mientras muere vencido el Ingenioso Hidalgo y parece con él el tipo de héroes de las fábulas de caballerías, melancólicos como Tristán, vagos e inconsistentes como Lanzarote, inmaculados como Amadis, se consagra en las tremendas lides de América el nuevo tipo heroico, rudo y sanguíneo, de los Corteses, Pizarros y Balboas, perseguidores de realidades positivas; apasionados, tanto como de la gloria, del oro y del poder. Mientras la armadura herrumbrosa y la adarga antigua y el simulacro de celada del iluso caba-

llero, se deshacen en rincón obscuro, resplandecen al sol de América las vibrantes espadas, las firmes corazas de Toledo. Mientras Rocinante, escualido e inútil, fallece de vejez y de hambre, se desparraman por las pampas, los montes y los valles del Nuevo Mundo los briosos potros andaluces, los heroicos caballos del conquistador, progenitores de aquellos que un día habrán de formar, con el "gaucho" y el "llanero", el organismo del centauro americano. Mientras se disipan en el aire los mentidos tesoros de la cueva de Montesinos, fulguran con deslumbradora realidad la plata de Potosí, el oro de Méjico, los diamantes y esmeraldas del Brasil. Mientras fracasa entre risas burladoras el mezquino gobierno de la Insula Barataria, se ganan de este lado del mar imperios colosales y se fundan virreinos y gobernaciones con que se conceden más pingües recompensas que las que rey alguno de los tiempos de caballería pudo soñar para sus vasallos.

Así el sentido crítico del "Quijote" tiene por complemento afirmativo la grande empresa de España, que es la conquista de América. Así, al figurar una viva oposición de ideales, dejó escrita ese libro la epopeya de la civilización española, deteniendo, como hechizada, en el vuelo del tiempo, la hora culminante en que aquella civilización llega a su plenitud y da de sí nuevas tierras y nuevos pueblos. Y así el nombre de Miguel de

Cervantes, no sólo por la suprema representación de la lengua, sino también por el carácter de su obra y el significado ideal que hay en ella, puede servir de vínculo imperecedero que recuerde a América y España la unidad de su historia y la fraternidad de sus destinos.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Montevideo, 1915.

(*La Nota*, Buenos Aires.)

